

—Manda á Benita que venga,—ordenó el Conde.

El marinero se retiró.

—Reanimáos, señora,—dijo el Conde á su esposa.—Tened valor y guardad vuestros dolores para vos sola, ¿acaso fui contando los míos á alguien?

Alejóse con rápido paso dejando á la Condesa medio desmayada entregada á los cuidados de la provenzala, que había acudido.

XX

El Marqués de Breynes se dirigió hacia la *villa* habitada por los duques de Rouévres, y al entrar en ella estregábase muy satisfecho las manos creyendo haber descubierto una mina. Lo importante para él era no perder tiempo y tomar posesión cuanto antes.

Empujó la enverjada puerta, y la primera persona que vió en la terraza fue á la señorita de Restaud, sentada en un banco y entregada á cavilaciones, que á juzgar por su ceño cejijunto y contraído, no debían tener nada de agradables. La ira hacia centellear su mirada, la cólera hervía en su pecho.

El Marqués la tocó con mucha delicadeza en un hombro, y por muy ligero que fuese el choque determinó la explosión.

—¡Ah! ¿Estáis ahí?—dijo con acento mordaz.—Precisamente deseaba veros.

—Sin duda para abrumarme con vuestros reproches,—replicó el Marqués con acento irónico.—Podéis seguir cuando gustéis, qué, ¿fracasa vuestro plan?

—¡Ah!—murmuró Elena haciendo un gesto de disgusto.—¿Qué vergüenza!

—¿Qué! ¿Se muestra reacio el futuro?

—¿En qué abismo de infamia me metí?

—En un abismo moral, se entiende, hermosísima amiga. Creo que es eso preferible á verse en una angustia continuada, como vuestro servidor, perseguido y acorralado por una jauría de rabiosos acreedores.

—¿Y gracias á quién?

Inclinóse el Marqués casi hasta tocar con sus labios la sonrosada oreja de la joven.

—¿El culpable, el feliz criminal, el ladrón de la honra, no está pronto á reparar su falta?

—¿Quién? ¿Vos?

—¡Yo!

—¡Me inspiráis horror!

—Me parece demasiado fuerte lo que decís. No siempre sucedió lo mismo.

—Llegar hasta el extremo de mentir apellidando á una falsedad, y no retrocediendo ante nada por indigno que sea para cubrir el oprobio con un apellido respetable y robar ese apellido valiéndose de una infame estratagema, me parece siempre que es la última de las villanías. ¡Ahí tenéis á donde me condujisteis! He llegado á tal extremo que

yo misma me inspiro aversión y quisiera haber muerto.

—De ese país de la muerte no se vuelve jamás, al menos que yo sepa, y creo que el remedio sería peor que la enfermedad.

—Es absurdo, sobre todo cuando tenéis á mano un remedio tan sencillo para arreglarlo todo.

—Sería un crimen imperdonable destruir así tantos encantos,—contestó el Marqués suspirando y con la misma actitud que un tenor cuando se prepara á entonar un ária.— Todo os sonríe, y os halláis, querida Elena, en la primavera de la vida, y vuestra juventud y belleza brillan como la del lirio que se abre á los rayos del sol y á las primeras brisas de mayo. Tenéis sedosas pestañas, que sirven de marco á ojos de turquesa, y vuestros purpúreos labios al sonreír dejan al descubierto una dentadura de deslumbrador esmalte. Y no es esto todo, sino que el resto es primoroso. ¡Y pensar que tanto encanto podría perderse! ¡Bah! ¡No digáis locuras.

—¡Cuánto vá á odiarme Jorge!

El Marqués hizo un gesto desdeñoso.

—Es demasiado honrado para tener clara la vista. Razonemos y discutamos, ¿por qué os obstináis en correr tras ese novio más frío que una mole de hielo del mar glacial ó un ventisquero de Suiza, tras ese ciego al que vuestros atractivos no deslumbran hasta el extremo de no permitirle reflexionar, que medita y vacila en arrojarse á vuestros pies? ¿Reflexiona? ¿Sí? ¡Luego no os ama!

—¿Y si yo le amase?

—Ahí es donde empiezo á no comprenderos; pero confieso que las mujeres tuvieron siempre el privilegio de producir en mí los asombros más grandes. Reasumamos para concluir pronto, porque puede venir é impedirnos que continuemos esta conversación en este tono tan libre. He llegado á uno de los momentos más decisivos de mi vida.

—¡Vos!

—Sí, descubrí el filón de una mina de oro y quiero explotarlo, pues mis recursos no me permiten desperdiciar las raras ocasiones que para ello se me presentan.

—¿Acaso una heredera?

—Tal vez, ¡una heredera riquísima!

—La tengo lástima si es que llega á esucharos.

—Os mostráis hoy muy agresiva conmigo y hacéis muy mal, porque, si se me antojase, podría perderos. Tengo armas para conseguirlo si quisiese, y creo que no lo ignoráis.

—¡Usadlas!

—No me impulséis á hacerlo. Tened presente que vuestras negativas pueden exasperarme. Estoy acorralado por todas partes, y el ciervo, cuando le acorralan los perros es á veces peligroso para los que le atacan.

—Dejémonos de comparaciones y decidme qué deseáis, si es que no lo habéis olvidado.

—Es lo siguiente: os doy la preferencia sean cuales fuesen las ventajas que me propone un poderoso protector.

—¿Y cómo se llama?

—La casualidad.

—¿Qué nueva infamia os proponéis cometer?

—No os apuréis, y podéis hablar con entera franqueza, tomo nota de todo para el porvenir. Me gusta mucho probar fortuna, y estoy prevenido.

—Vuestras amenazas no me asustan.

—Hacéis mal.

—¿Por qué?

—Porque esta será quizás nuestra última entrevista antes de que tome una resolución; escuchadme, pues, con toda vuestra atención y os suplico que no llaméis en vuestro auxilio ni á los gritos ni á los nervios.

—¡Hablad!

—Confieso que en medio de mis vicios, que son muchos, tengo una cualidad de primer orden por lo buena, la franqueza; no he sido nunca hipócrita, es un papel ese que nunca entró en mis costumbres para poderlo representar. Hablemos con entera claridad; sois joven y muy encantadora, y gracias al cariño que os profesan el Duque, y sobre todo, vuestra tía, seréis rica, y yo confieso que tenía que reparar las brechas que en mi fortuna hizo una juventud borrascosa que toca á su fin. He tenido ocasión de deciros que me gustasteis siempre, bajo todos los aspectos, y la moral fácil de mi primo, el duque de Rouévres, no es la enseñanza más á propósito para una joven, y vuestra tía obró con muy poca cordura dejándoos entregada durante algún tiempo á sus cuidados,

ó mejor dicho á su incuria, de modo que encontré un terreno muy bien preparado para cualquier locura. Sabéis que me apestan las marchas lentas, y después de una correspondencia capaz de arder sola, tan ardiente era, y que duró algunas semanas, os convertisteis en mi querida. No encuentro otra palabra para expresar con toda claridad mi idea, había conseguido mi objeto, y estaba, además, seguro, de que vuestra tía os idolatraba demasiado para no acceder á todos vuestros caprichos. No sé lo que de pronto os pasó; os acordasteis cuando menos lo creía de que debíais adorar al amigo de la infancia, al señor Jacobo de Kerhoët, se os ocurrió un poco tarde á la verdad, pero de los caprichos femeninos hay que esperarlos todo. Ese rival me privó de todas las ventajas con que creía poder contar bastante legitimamente, puesto que me perteneciais por derecho de conquista, ¿os contrarié en alguna cosa? ¡Creo que no! A pesar de mi amarga decepción estoy resignado; obrasteis como se os antojó; si el otro rechaza esa mano que con tanta generosidad le ofrecéis, tomad la mía, estáis á tiempo, pues con tal de teneros á mi lado, renuncio á todos mis designios y planes futuros. ¿Está bien claro lo que os digo?

—Me niego rotundamente á aceptar vuestra proposición.

—¿Lo habéis pensado bien?

—Prefiero antes sufrir toda clase de humillaciones, que pasar por lo que me proponéis.

—Haced lo que gustéis.

—¿A qué conduce el unir á dos personas que no pueden verse en un casamiento semejante? ¿De qué barro estaré yo hecha para haber caído tan bajo?

—¿Conque no?

—¡Os he dicho que no, y cien veces no!

—Entonces buscaré por otra parte y os dejaré abandonada á vuestro destino, ¡no me lo echéis nunca en cara, porque vos fuisteis quien lo quiso!

Al mismo tiempo que esto decía el marqués de Breynes, un carruaje se acercó á la puerta de la *villa*, y la señorita Restaud reconoció con sorpresa los caballos de Jorge de Kerhoët y la librea de la casa de éste.

Un criado se acercó á la balaustrada de la terraza en que se apoyaba la joven y le presentó una carta. Al ver el papel experimentó Elena una angustia horrorosa. En aquella carta se encerraba su sentencia ó su salvación y vaciló antes de abrirla.

Cogió el Marqués la carta arrancándosela por decirlo así, y sin que la señorita de Restaud tratase de oponerse á semejante violación.

—Os doy mi enhorabuena,—dijo.

—¿Cómo!

—Sí, seréis condesa de Kerhoët.

La carta era muy clara á pesar de su lacónismo.

—Hé aquí lo que decía:

Querida Elena:

Lo que me dijisteis me sorprendió y aterró, pues ni por un momento quiero pensar en que hayáis dicho una odiosa mentira, y en ese caso los millones de mi padre y su respetado apellido, sería demasiado caro para vos.

Dentro de tres meses me casaré con vos, si en esa época continuáis exigiéndomelo, y os doy mi palabra de honor de que así lo haré.

Os escribo esta carta á la cabecera del lecho de muerte de un hombre que durante toda su vida fue modelo de hombres honrados y fieles amigos, y su recuerdo haría que no olvidase mi deber, si por un momento se me ocurriese alguna vez la idea de sustraerme á él.

JORGE DE KERHOËT.

¡Ni una sola palabra de ternura ó de cariño!

Terminada la lectura inclinó la señorita Restaud, la cabeza, dolorosamente impresionada. Entre ella y el hombre que sólo la ofrecía su apellido, todo había concluido.

Por la noche el marqués de Breynes manifestó á los Duques que tenía que emprender un viaje precipitado, porque le llamaban á Paris asuntos imprevistos. A las doce de la noche se apeó de un coche de alquiler ante la puerta de un hotel de la calle de Prony.

Hacia muchísimos meses que su ayuda de cámara no le habia visto nunca tan alegre.

A la misma hora en que esto sucedía, y en Deauville, hacía Elena de Restaud esfuerzos para ahogar sus últimos suspiros, mientras que el Almirante, encerrado en la modesta habitación del doctor Montel, velaba al lado del cadáver del más fiel de sus amigos, cuya muerte prematura pesaba sobre su pecho como un cruel remordimiento.

En casa del Médico no se encontró ni testamento ni documento de ninguna clase en el que hiciese revelaciones.

La muerte se llevó a la tumba el secreto del Médico, y el Almirante debió creerlo así.

Sabemos, sin embargo, que ese secreto no lo estaba para todos.

FIN

El episodio en que termina esta novela se titula, CORAZÓN DE ORO.

